

fuerzas precisamente en el momento en que más necesitan de la crítica, del consejo, de la dirección constante de personas experimentadas. Semejante procedimiento excluye también la posibilidad de organizar seminarios á la manera alemana, en los cuales la tesis ó tema de investigación se trabaje y critique en común, siendo una escuela permanente de metodología que sirva, á la vez, á todos los estudiantes.

Mayores defectos tiene la llamada «preparación de autores», de la cual se esperó mucho en un principio. M. Langlois coincide con algunas de las apreciaciones arriba emitidas acerca de este ejercicio. Los mismos estudiantes la consideran como una prueba «artificial é infructuosa», que ni siquiera habilita para traducir bien, «á libro abierto», las lenguas clásicas ó romanas (1), porque la obligación de preparar cuatro autores (ahora se ha reducido el número, según veremos) de muy distinta condición (uno griego, otro latino, otro de lengua vulgar medieval, y otro moderno), no sólo impide dedicarse á saber bien uno de ellos, sino que se opone á la ley de la vocación, según la cual deberían ser los mismos estudiantes los que escogiesen el texto, en relación con la especialidad que prefieran.

Aparte de tales defectos—que ya son bastantes,—la misma preparación resulta engañosa; unas veces (y es lo más frecuente, como lo indican los mismos programas), porque es el profesor quien hace aquel trabajo, limitándose los alumnos á tomar notas (2); y otras, porque, reunidos

(1) Á este mal contribuye la escasa preparación que traen los alumnos.

(2) Recuérdese lo que he dicho antes de la clase de M. Guiraud. Con frecuencia, ni aun esto hace la mayoría de los alumnos, sino que envían

en grupos de cinco ó seis, v. gr., se reparten el trabajo de modo que á cada uno toque una pequeña porción, limitándose, en el resto, á aprenderse de memoria el resultado del trabajo que hacen los demás compañeros. El resultado final es deplorable en punto á la aptitud de los graduados para explicar, criticar ó publicar un texto cualquiera, de los que no figuren en el programa.

Verdad es que este ejercicio se presta á organizar verdaderos seminarios, y que si así se hiciera siempre, podría dar excelentes frutos para la enseñanza del método exegético, trabajando el comentario en la clase, con todos los alumnos y bajo la dirección del profesor, de una manera práctica; pero hoy día, aun en los casos en que esto pueda ocurrir, el efecto queda deshecho por la forma oral que tiene el ejercicio en el concurso de agregación, aparte del exceso de trabajo inútil que representa para los profesores (1).

Todas estas quejas, que en Junio de 1892 formulaba M. Langlois, viéronse pronto confirmadas por el voto de M. Lavissee, presidente del Jurado de examen.

Basta leer sus dos *Informes* del concurso de 1892 (2) y del de 1893 (3), para cerciorarse, no sólo de que los defectos arriba indicados son reales y producen sus naturales consecuencias, sino también, y esto importa mucho, de que se ha formado ya plena conciencia de ellos y de la necesidad de una reforma en la organización de los ejercicios (4).

por turno á uno de ellos para que saque notas, ó bien se confían á esos deplorables *polígrafos*, que tanto daño hacen también en nuestra enseñanza superior.

(1) Ver Langlois, *loc. cit.*, páginas 23, 24 y 25; y F. Lot, *loc. cit.*

(2) *Rev. universitaire*, 15 Noviembre 92.

(3) *Idem id.*, 15 Octubre 93.

(4) Con Lavissee, Langlois y Lot coincide Gastón Paris, algo más pe-

M. Lavissee separa con mucha claridad los dos fines (por otra parte, estrechamente enlazados) de la agregación: la aptitud científica, técnica, para la investigación histórica, y la pedagógica ó normal, enlazada con los deberes y la misión de los futuros profesores, es decir, la exposición histórica que habrán de hacer á los alumnos de la segunda enseñanza.

Reconoce y afirma M. Lavissee que hay que educar para la investigación á los estudiantes de la Facultad, no sólo porque el tránsito del profesorado secundario al superior es en Francia cosa corriente y sin trabas, y porque conviene que todos se hallen en aptitud para contribuir al progreso de la ciencia, sino, muy especialmente, porque, escriban ó no libros, publiquen ó no documentos, los profesores «necesitan saber cómo se hace la historia, y tener despierto el sentido crítico mediante ejercicios adecuados. Sólo los que se han instruído en su investigación y demostración, pueden saber lo que es *la verdad histórica*».

M. Lavissee concluye por proponer reformas en la organización actual; y, por lo que toca á la preparación científica, propone que se deje en completa libertad á las Facultades, desligándolas de la enojosa y pesada dependencia en que ahora están relativamente á los exámenes, de manera que puedan organizar bien la enseñanza, con sentido experimental, y con el concurso de un amplio aprendizaje en las ciencias auxiliares que la agregación actual pone en olvido (1). Por el pronto, el número de textos para comen-

simista que los dos primeros, como Lot. Su crítica de la segunda enseñanza es terrible. ¡Y pensar que, si tan malos parecen los bachilleres franceses, aun estamos peor en España!

(1) Como puede suponerse, en la apreciación de los medios que han

tar se ha disminuído. Eran antes dos de cada lengua (griego, latín, francés), es decir, seis, y quedan reducidos á uno por idioma, es decir, tres.

Por lo que toca á la preparación pedagógica, ó sea, á la aptitud para el profesorado secundario, M. Lavissee expone la necesidad de hacer de ella un trabajo y un examen independientes; pero de esto ya hablaremos en su lugar oportuno. Hoy día, los candidatos cuentan para ese fin con dos medios valiosos: la práctica que hacen en los liceos, y la clase especial de metodología ó pedagogía, creada en la Sorbona en 1890 y regentada por Seignobos. El solo nombre de éste es ya una garantía en favor de las nuevas ideas, y la organización de su clase responde bien á su misión. Seignobos da, una vez á la semana, lecciones sobre la teoría de la enseñanza de la historia ó el método, y dedica otro día á ejercicios de pedagogía con los aspirantes á la licenciatura y la agregación (1).

Como se ve, el impulso está dado, y el ideal es, para algunos, que dentro de poco la reforma de la Facultad sea completa y los trabajos de investigación se verifiquen en todas las clases ó cursos. Un buen síntoma es, sin duda, que el ejercicio más atendido por los alumnos, y en el que mejor suelen estar—según dice M. Lavissee—sea el de la

---

de aplicarse al mal reconocido por todos, las opiniones varían mucho Véase lo que proponen F. Lot y G. Paris.

(1) Programa del curso último (1893-94): una clase semanal de «ejercicios de análisis histórico y de exposición para los candidatos á la Licenciatura y la agregación»; otra de «exposición del método para la generalización de los hechos históricos». Además, una tercera sobre historia contemporánea de Europa.

tesis, cuya preparación obliga á manejar y criticar documentos (1).

Á conseguir este ideal, corrigiendo además los defectos que acabamos de exponer, se dirigen las nuevas reformas proyectadas, sobre las bases de los informes de M. Lavissee y las quejas de profesores como Langlois. El Ministro de Instrucción pública ha dirigido á todas las Facultades una consulta-circular, ya contestada (2), pidiéndoles su parecer acerca de la reforma del concurso de agregación, y el voto general ha sido favorable á la separación de los dos exámenes ó ejercicios, dejando el científico bajo la dirección exclusiva de las Facultades, de modo que éstas puedan organizarlo debidamente sin que dañe, como hoy, al carácter de los estudios y á la preparación técnica de los candidatos.

Con todo esto (3), bien puede decirse que la organización de la enseñanza histórica de las Facultades se halla hoy en un momento de crisis, aunque en el sentido más favorable, para ella continuando y completando así la serie de esfuerzos que hemos procurado reseñar para que se juzgue del camino recorrido.

Hay en estas aspiraciones un legítimo sentimiento de emulación. La Escuela práctica de estudios superiores, y otros centros de que luego hablaremos en lo que se rela-

(1) Véase, para formar clara idea de este punto, el Informe de 1892 (*loc. cit.*, pág. 390), y el programa de la agregación inserto en la *Revista universitaria* de 15 Octubre, 1893 (pág. 284).

(2) *Enquêtes et documents relatifs à l'enseignement supérieur*. Fasc. LIV. Agrégation d'histoire. Circulaire du Ministre. Avis des Facultés, 1894.

(3) Puede verse un análisis de las opiniones de las Facultades y una exposición del estado del problema, en el artículo de M. E. Bourgeois, *La réforme de l'agrégation d'histoire* (*Rev. intern. de l'enseign.*, 15 Jul. 94).

cionan con nuestro asunto, fueron creados como independientes de la Sorbona para sustituirla en la misión propiamente científica que la Facultad (por entonces en gran decadencia y retraso respecto del movimiento moderno) no cumplía. Modificada provechosamente la organización de la Facultad de Letras, debe ahora aspirar á cumplir íntegramente su programa, llevando á él los métodos que han sido hasta la fecha patrimonio de instituciones particulares de que en rigor dependía aquélla científicamente, pero con los cuales se halla identificada hoy día. De este modo, el trabajo de *laboratorio* en historia vendrá á ser en la Sorbona general y corriente (1).

Tal es el propósito, sobre todo respecto de los alumnos aspirantes á la agregación, que son los más aptos para este género de ejercicios. Cuando se empezó en 1880 la reforma de los estudios históricos en la Facultad, decía M. Lavissee en la lección inaugural del curso: «Una vez licenciados los estudiantes, se prepararán durante dos años para la agregación. Estudiando los autores cuya explicación se les ha de pedir en el concurso, se ejercitarán en su lectura y en la de los documentos, en definir los términos históricos con que se designan las instituciones y las costumbres, los cuales tienen una historia, y, si se me permite decirlo, una geografía, puesto que no significan lo mismo en épocas y sitios diferentes; cometiéndose graves errores por no tratarlos

(1) El deseo de introducir el trabajo de seminarios en las Facultades universitarias es general. Refléjase constantemente en los artículos y discursos de Lavissee, Luchaire, Langlois, Muhfeld y todos los que tratan de estos asuntos. M. Lavissee ha formulado con toda claridad la aspiración de las Facultades de Letras, en la carta que escribió contestando á las críticas citadas de G. Paris y á los proyectos de reforma de éste.

como á las personas, colocándolos en el medio histórico y geográfico en que vivieron. En fin, la preparación de las cuestiones históricas indicadas en el programa con el nombre de tesis, obligará al estudiante á escribir, bajo la inspección del maestro, algunos capítulos de historia.»

Reasumiendo ahora los datos que arroja la organización actual y las aspiraciones que continuamente trabajan por su progreso, bien puede decirse que el plan de la Facultad, en cuanto á los estudios históricos, es hoy, casi enteramente, el que exponía como un ideal, en 1882, el profesor antes citado, dirigiéndose á los estudiantes de su sección. La educación histórica debe empezar por la cultura general. «Ante todo, la historia general. No se puede ser historiador sino á condición de tener conocimiento de toda la historia, y sobre todo, de la de los pueblos occidentales, que han fundado las sociedades más inteligentes, más laboriosas y más sólidas, y han merecido poseer el mundo.—Después que os aprovecháis durante largo tiempo del trabajo de los demás, y recojáis las opiniones y juicios de los historiadores sobre los hechos que exponen, será preciso que también vosotros expongáis hechos y formuléis opiniones y juicios. Para esto debéis aprender á conocer y estudiar los documentos.—La bibliografía os dará listas de documentos impresos ó manuscritos; la paleografía os enseñará á leer los segundos. No se trata de que lleguéis á ser bibliógrafos eruditos, ni de que embutáis la memoria con largas listas de nombres y títulos; bastará con adquirir las nociones esenciales sobre las grandes obras que todo historiador debe saber manejar, sobre las colecciones de que ha de servirse, las principales bibliotecas europeas, los catálogos impresos ó inéditos..... No se trata tampoco de que os

convirtáis en paleógrafos; no tenéis necesidad de aprender los secretos de todas las escrituras; pero debéis poneros en situación de leer la minúscula medieval y las cursivas posteriores, si no queréis veros condenados á la impotencia total delante de los documentos cuyo conocimiento os puede ser algún día indispensable.» Después viene, como coronamiento de la obra, la crítica histórica.

El propósito, no es pues, según se ve, de crear, como en las Universidades alemanas, generaciones de eruditos cuyo trabajo sea independiente del trabajo normal de la Facultad.

El ideal, para algunos profesores, consistiría en combinar las enseñanzas de la Facultad con las de la Escuela de Estudios superiores y la de Cartas, enviándoles, para los ejercicios prácticos, de investigación y crítica de textos, á los alumnos cuya cultura general histórica se forma en la Sorbona. La opinión general es, en efecto, que ninguna de las Escuelas especiales puede formar un historiador completo, sea porque den una cultura demasiado general, como la Escuela Normal Superior, ó porque sólo preparan para los trabajos de erudición, como la Escuela de Cartas. La relación inversa se invoca, igualmente, considerando que la Facultad de Letras es la única que puede dar «una educación histórica general».

En este sentido habla M. Laviñe de alumnos de la Escuela de Cartas que asisten á la Sorbona, en la cual han de adquirir «el conocimiento razonado de la historia general de Francia», que ha de guiarles en la balumba de documentos inéditos. De este modo, «no creerán que todo documento sea útil sólo por ser documento», y conocerán la serie de cuestiones históricas que están por resolver, al mismo tiempo que los medios que existen para resolverlas.

Las Facultades de provincias han seguido, en la medida de los elementos con que cada una cuenta, el ejemplo de la capital en cuanto á la ampliación del programa. Contribuyen á ello, especialmente, algunos profesores interesados en la reforma de la enseñanza de la historia, introduciendo estudios enteramente nuevos en la tradición académica, como el curso de «Antigüedades griegas», que explica en Lyon M. Holleaux (1), ó el de «Ciencias auxiliares de la historia», inaugurado por M. Langlois en Montpellier, en 1886.

Siguiendo este camino, las Facultades de provincias pueden llenar una misión importante, de gran provecho para la ciencia; á saber: el estudio de la historia local y regional, que en ninguna parte puede hacerse mejor que en el propio medio geográfico en que hubo de realizarse, y sin cuyo concurso y previa formación es punto menos que imposible escribir científicamente la historia general. Las Facultades francesas van ya por este camino, que inauguró en 1887 la de Burdeos, siendo hoy muchas las clases de historia local que existen (2). Lo propio debieran hacer las nuestras, y bueno será decir que, no obstante la escasa libertad de que gozan en punto al programa, pueden aún hoy hacerlo así en gran parte, sobre todo en lo que se refiere á la historia del Derecho (3).

(1) Es muy interesante el ejemplo de la ciudad de Lyon, que trabaja con gran empeño por hacer de su Universidad un centro científico completo, llamando á él buenos profesores y desarrollando el programa de sus enseñanzas. Vid. Lavissee, *L'université de Lyon*, en *Études et éruditions*, página 191.

(2) Véanse los datos en el artículo de M. A. Luchaire, *Les enseignements d'intérêt local dans les Fac. des Lettres de province*. (*Rev. intern. de l'enseign.* Junio 1892.)

(3) He tratado este asunto en dos artículos sobre *La descentralización*

Todavía, para alcanzar plenamente su fin, necesitan las Facultades francesas contrarrestar la enorme centralización, no oficial, sino resultado de ideas y conveniencias muy arraigadas, que lleva á la mayoría de alumnos, y á lo más granado de los profesores, á París. Así ha ocurrido con el propio M. Langlois, á quien he citado antes como profesor de la Sorbona. El mal es tan acentuado, que aun en París se preocupan de él (1). Así he podido apreciarlo en conversaciones con M. Lavissee y con M. Giry, profesor de la Escuela de Cartas. Quizá la proyectada organización de Universidades, cuando sea efectiva, ponga algún remedio á este mal.

\*  
\* \*

La Escuela Normal Superior, cuyo objeto es formar el profesorado de segunda enseñanza, tiene gran parecido con la Facultad de Letras; pero no ofrece, hoy por hoy, tanta importancia como ésta para el problema que nos ocupa (2).

Fundada la Escuela Normal en 1808, y reorganizada por Cousin en 1830, su nombre va unido al recuerdo de una

*científica*, publicados en *La España regional*, 16 Diciembre 1890, y 21 Mayo 1891, especialmente en las páginas 371-72 de este último número.

(1) Véase Gastón Paris, *loc. cit.* páginas 30-1. M. Lavissee, en la carta citada, rectifica algunas apreciaciones demasiado pesimistas, á su juicio, de G. Paris. De todas maneras, aun queda mucho por hacer.

(2) No pude visitarla en mi viaje, y por esto he de referirme exclusivamente á los informes que recogí de labios de algunos profesores (uno de ellos procedente de la misma Escuela), y á los juicios de M. Lavissee y de M. Frédéricq. Consúltense *Programme des conditions d'admission à l'École Normale Supérieure* (Paris, Delalain), y *Les grandes Écoles de France*, por Mortimer D'Ocagne (Paris. 1887).

época azarosa y brillante para la ciencia francesa contemporánea. En sus cátedras han figurado siempre hombres ilustres por su saber y célebres por sus opiniones, como Michelet, Vacherot, Nisard, Fustel de Coulanges y Pasteur. De aquí la tradición liberal que simboliza, y que hoy, en concepto de muchos, ha dejado de merecer. Cierta inercia, hija del apego á su primitiva organización (uno de cuyos defectos graves es el severo internado que aun se empeña en sostener), la ha retrasado en mucho respecto del movimiento de reforma que otros centros han acogido; y por ello es actualmente una institución en cierto modo petrificada, sin porvenir visible por el momento, y de resultados científicos que no responden, en la sección de Letras, á lo que debía esperarse de su fama y representación (1).

Los estudios de la Escuela comprenden tres cursos. El primero se dedica á la preparación para la licenciatura, y tiene un carácter de cultura general poco intensa (2). En el segundo, hacen los alumnos ejercicios prácticos de enseñanza como los de la Facultad de Letras, y además algunos trabajos de redacción, en el tipo, por lo general, de los artículos de Revista: es decir, en la mayoría de los casos, sin estudio directo de las fuentes. En el tercer año, dedicado á la agregación, se incluye la preparación de autores clásicos y franceses para el concurso. La forma en que esto se hace es la misma que hemos visto en las clases de la Sorbona.

(1) La sección de Ciencias es mucho más práctica y de un carácter científico más desinteresado, según parece. El laboratorio de física y el de química mineral están perfectamente dotados; y en punto á resultados científicos, el de fisiología general, que dirige M. Pasteur, goza de una merecida reputación europea.

(2) Nos referimos siempre, por de contado, á la sección de Letras.

Finalmente, los alumnos de tercer año dedican quince días al aprendizaje del profesorado en los Liceos de París.

Aunque á todo esto se añada la existencia de ciertas clases, como la de paleografía, y el carácter intuitivo y experimental que los profesores dan á muchas enseñanzas, resulta siempre que la Escuela tiene, en mayor grado que la Sorbona, el carácter profesional, que es un obstáculo (mientras no cambie la organización) para el trabajo puramente científico, considerado, por lo general, como incompatible con aquel otro, cuando en rigor pueden y deben combinarse ambos (1).

Por mucho que los profesores trabajen, por eruditas y concienzudas que sean sus lecciones, nunca bastarán para la educación del alumno, mientras éste se limite á recoger, en forma de notas, el resultado de un estudio que no ha hecho por sí propio. Gran importancia tienen, sin duda, las lecciones, en lo posible intuitivas y llenas de datos y de indicaciones bibliográficas, que M. Frédéricq oyó en 1882 á M. Monod, á M. Desjardins y á M. Vidal de la Blache, profesores de la Escuela; pero ya hemos visto, al hablar de la Facultad de Letras, cuánto deja que desear este medio, y la necesidad de unirle otros diferentes. En el mismo caso están las lecciones que hacen los alumnos como ejercicio pedagógico, aunque M. Frédéricq cita una, sobre el *Periplo*

(1) Con razón observa M. Lavissee que «en las naciones alemanas y escandinavas la mayor parte de los historiadores son *profesores de historia*, que han hecho sus estudios en las Universidades. Allí enseñan y trabajan; pero los que explican en los gimnasios (segunda enseñanza) son capaces de hacer investigaciones personales y de aportar su contingente á esta obra común...» En Francia, por el contrario, «casi ningún profesor de historia es historiador, por la razón de que en su gran mayoría no han recibido educación histórica alguna».

de Arriano, en que el disertante demostraba haber acudido á Estrabón y á otros geógrafos antiguos para comentar el capítulo xxxvii. En la clase de M. Monod se trabaja bastante en este sentido, gracias á la iniciativa del profesor, que procura hacer de las redacciones sobre historia, exigidas en segundo año, un ejercicio serio y profundo (1).

No obstante, como las deficiencias de la Escuela respecto de una verdadera educación científica son de organización, resaltan en todos los detalles; y no es el menos elocuente, aunque cede en beneficio de los alumnos, la asistencia de éstos en tercer año á las clases de la Facultad de Letras, del Colegio de Francia y de las Escuelas de Cartas y de Estudios superiores, en las cuales encuentran materias y métodos que la Normal no les ofrece.

«El futuro profesor de historia—dice M. Lavissee refiriéndose á los alumnos de la Escuela Normal—emplea un primer año en prepararse para la licenciatura en letras; del segundo año, que se consagra al estudio de las literaturas, de la filosofía y de la historia, saca todo el tiempo posible para sus estudios históricos; pero, en verdad, sólo hay un año que le pertenezca: el tercero. No basta. No tiene en él tiempo suficiente para adquirir los vastos conocimientos bibliográficos necesarios, ni para hacer ese largo y tranquilo uso de los documentos que adiestra al espíritu en la crítica, y siembra en él el gusto y la costumbre del trabajo personal. ¿No resulta inverosímil que sólo desde hace algunos años se den en la Escuela Normal nociones de paleografía, y que se haya dejado salir á muchas generaciones de profesores incapaces de aprovechar los documentos que

(1) Frédéricq, *loc. cit.*, pág. 756.

guardan, bajo el polvo de los archivos y bibliotecas, preciosos fragmentos de verdades históricas, y á veces verdades enteras?.... En suma, los alumnos de historia no están preparados, al salir de la Escuela, ni para la enseñanza de la historia que han aprendido demasiado aprisa, ni para las investigaciones sobre puntos difíciles. Por esta razón, tratan muchos de sustraerse al servicio inmediato en la Universidad, y solicitan una licencia ó una misión en el extranjero. Habiendo plazas reservadas para los alumnos de la Escuela en las de Atenas y Roma (1), los que pueden alcanzar una lo hacen, y con esto se introducen, pero no por elección ni gusto, en la esfera de la historia antigua.» El autor—deseoso de ver progresar á la Escuela Normal—propone un plan de reforma que tiene muchos partidarios, y cuyos elementos son: no permitir que se presenten al concurso de admisión más que licenciados (2); dedicar el primer año al complemento de la cultura literaria general, y los otros dos á estudios especiales de letras, historia, filosofía y filología, terminando con un período en las Escuelas de Atenas y Roma, ó en misión científica en el extranjero.

No sería difícil este cambio, toda vez que el número de alumnos de la Escuela Normal es siempre corto, de tal modo, que cada año no salen de ella más de tres ó cuatro con los estudios concluidos. Unida esta ventaja á la de un profesorado excelente, entre cuyos nombres figuran los ya citados de Monod, Seignobos y Vidal de la Blache, uno de los más eminentes geógrafos de Francia, la reforma produ-

(1) Escuelas francesas residentes en estos puntos, y cuyo estudio principal es la arqueología y la filología clásicas.

(2) Ahora basta ser bachiller en Letras ó Ciencias.

ciría inestimables efectos. Aquellos nombres son garantía del sentido científico que tendrían las clases, una vez que la organización de la enseñanza permitiera mayor espontaneidad á los profesores. Las condiciones materiales son muy á propósito; el local permitiría la división de los alumnos en secciones, y la biblioteca, una de las más ricas y escogidas de París, es un excelente medio de cultura para familiarizarse con los grandes autores.

\*  
\*\*

El Colegio de Francia, otro de los grandes centros de enseñanza superior de París, requiere sólo ligeras noticias. Todas sus clases son públicas, y por tanto, ni hay verdaderos alumnos, ni homogeneidad de preparación en los oyentes. De ordinario, éstos no son muchos, excepto en ciertas clases, á las que atrae, ó el interés excepcional del asunto, ó, lo que es más frecuente, el nombre del profesor: Gastón Paris, Ribot, Flach, etc., y Renán hasta hace poco.

De las 41 clases que componen el programa, hay 14 que pueden llamarse propiamente de historia (curso de 1893-94). Citaré la de epigrafía y antigüedades romanas, de Cagnat; la de filología y arqueología egipcias, de Maspero; la de filología y arqueología asirias, de Oppert; la de lenguas y literaturas hebraicas, caldeas y siriacas, que tuvo Renán; la de lenguas y literaturas célticas, de D'Arbois de Jubainville; la de gramática comparada, de Bréal, y la de epigrafía y antigüedades griegas, de M. Foucart. Muchas son necesariamente prácticas, y apenas acuden á ellas (salvo alguno que otro curioso) sino los que tienen conoci-

mientos especiales en la materia y pueden seguir el texto á que el profesor se refiere. Éste suele hacer caso omiso de los restantes oyentes, y se dirige de un modo casi exclusivo á los que van preparados para entenderlo.

M. Oppert pregunta siempre, á todos los que por primera vez entran en su clase, si pueden seguir sus explicaciones leyendo los textos asirios. Caso afirmativo, utilizan las hojas de una colección de textos cuneiformes, de que hay varios ejemplares. Además, M. Oppert escribe en la pizarra el fragmento ó párrafo asunto de su lección, y lo explica eruditamente, al compás de la traducción que hace uno de los asiduos á la clase, mediante numerosos ejemplos y comparaciones de palabras. En la lección que tuve ocasión de oírle, y que versaba sobre un texto referente al suicidio de un nieto del rey Merodach-Baladach, éramos seis los oyentes, más una señora que entró momentos antes de acabar la clase.

El local es pequeño, y lo llena casi en su totalidad una gran mesa, ocupada en tres de sus lados por los oyentes. En el otro, está el sillón de M. Oppert, quien rara vez lo ocupa, prefiriendo explicar paseando, con una especie de agitación nerviosa y medio cerrados los ojos, por el espacio que hay entre la mesa y la pizarra, fija en la pared. La luz llega por una sola ventana que da al patio de entrada, á la derecha del profesor.

M. D'Arbois explicaba en 1890, cuando fuí á oírlo, historia primitiva de los celtas. El público era muy escaso, y sólo tres de los presentes tomaban notas. El profesor habla con cierta monotonía y obscuridad en la voz, pero escribe frecuentemente en la pizarra los nombres de cuya derivación ó transformaciones fonéticas trata con gran co-